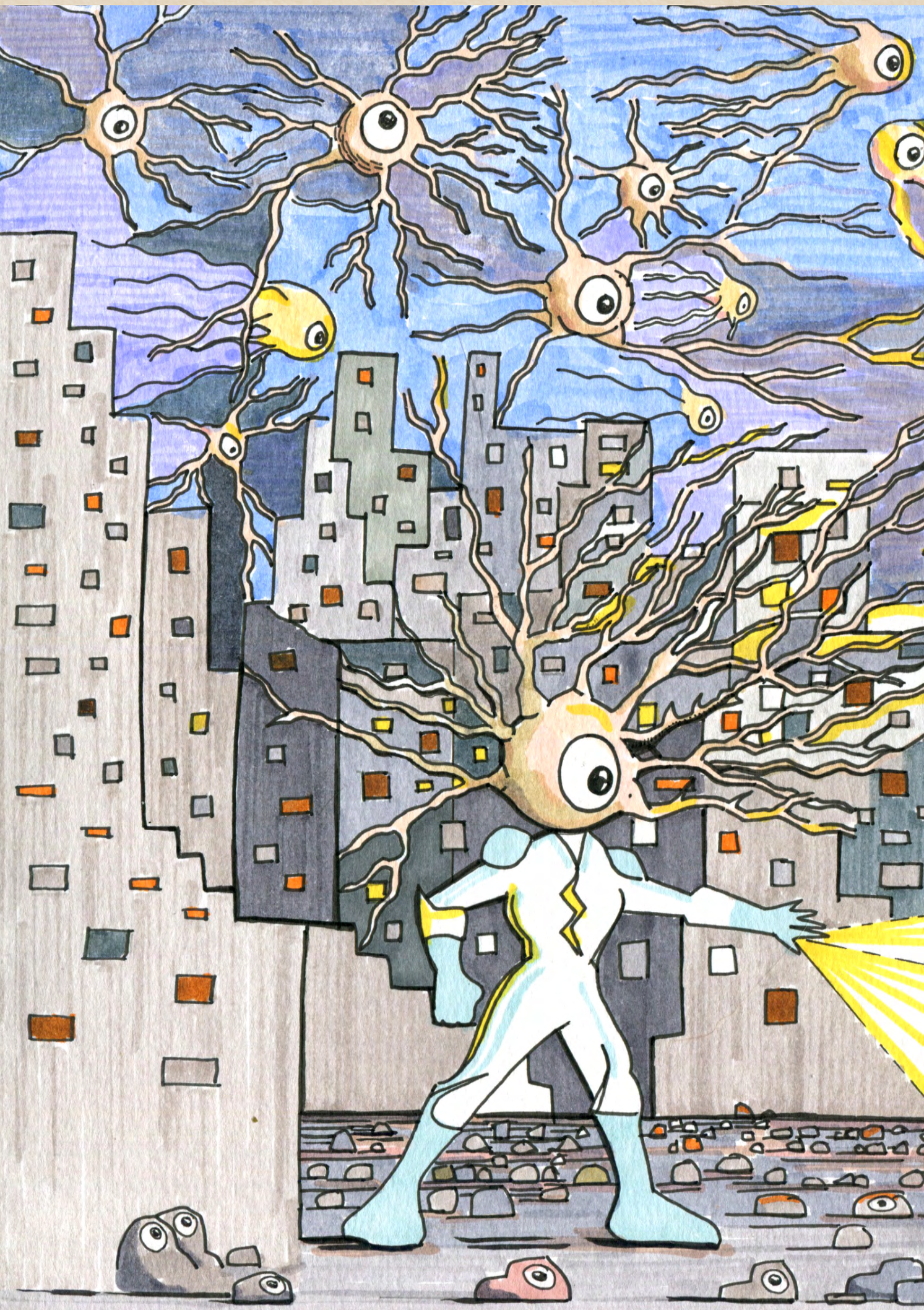
La chispa elegida

Kenan Joel Molina Murrieta e Ingrid Dubet Herrera Haro







¡Alerta! ¡Alerta! ¡Alerta!

Se escuchaba una voz gritando en la lejanía, mientras que las luces destellaban sin cesar y los chirridos inundaban hasta el rincón más profundo de la ciudad Celulosa.

“Pum”, “Capum”, “Pum”.

Un fuerte estruendo, acompañado de un rugido del suelo que recorrió la espina de cada habitante, seguido del silencio que, con su manto, cubrió todo a su paso y la oscuridad que apagó aquellos rastros de vida.

¿Qué había pasado? ¿Por qué todo estaba en ruinas? ¿Era este el fin?

Entre las cenizas una pequeña neurona se asomaba. Era Neuronilo, de apenas un par de horas, quien había sobrevivido a la tormenta eléctrica que azotó a su pequeña metrópolis.

—¿Alguien me escucha? —exclamó con la voz temblorosa.

Entre los escombros, apenas se percibía un leve quejido, un murmullo que se desvanecía con el viento.

—Mito… Mitocond… busca a las mitocondrias, chico —el quejido de un viejo ribosoma.

Sin embargo, fuera de la ciudad, en el mundo real, Guillermo estudiaba mientras el sol salía por su ventana. Con cada lectura, su cuerpo se adormecía, su pecho se hundía y sus ojos se debilitaban, mientras su cabeza se desvanecía. Nadie lo sabía, pero en lo más profundo de su cerebro, millones de orgánulos estaban al borde del colapso.

Neuronilo comprendió al instante que debía convertirse en un héroe. Sin embargo, su cuerpo temblaba, sollozos le brotaban de los labios y los escalofríos detenían su marcha, pero eso no iba a impedir que averiguara qué había pasado con la energía que alimentaba su pequeño mundo.

Debía emprender su camino hacia la Ciudad Mitocondrial. Las mitocondrias eran la clave para resolver los problemas. Así que Neuronilo respiró hondo y emprendió su viaje. Las neuronas no respiraban como las personas, pero Neuronilo podía sentir la necesidad de oxígeno en cada parte de su cuerpo. El aire en la atmósfera era pesado y el mundo parecía contener la respiración. Los impulsos eléctricos ya no se transmitían por la red neuronal; el centro de comandos estaba en completa oscuridad…

—Ciudad Mitocondrial no debe estar lejos —murmuró Neuronilo. —si logro llegar, restableceré la fuente de energía.

Y así, con pasos temblorosos, Neuronilo se aventuró por los túneles del sistema axonal, el cuerpo de la gran neurona. En el pasado, millones de mensajes luminosos viajaban a velocidades incalculables en ese mismo sitio; ahora solo se encontraban restos de destellos que titubeaban débilmente y se apagaban poco a poco, como luciérnagas desgastadas que habían olvidado cómo brillar.

—Todo estará bien —susurró Neuronilo a una pequeña chispa que posaba sobre su pecho, antes de que esta se desvaneciera. —Te prometo que volverán a brillar… volveremos a brillar.

A medida que avanzaba, podía escuchar los ecos lejanos del corazón de Guillermo, un estruendo grave y constante que vibraba a través de las paredes celulares. Cada latido desprendía un aire de fe, como si toda Ciudad Mitocondrial respirara al unísono.

“Pum…Pum…Pum”.

Ese pulso era lo único que mantenía vivo a Guillermo y la esperanza que Neuronilo tenía de salvar a su mundo.

Guillermo, completamente exhausto, intentaba seguir leyendo y evitar a toda costa quedarse dormido, pero le resultaba casi imposible. Había pasado toda la noche en vela estudiando para su examen de biología celular; amaba imaginar cómo cada célula trabajaba sin descanso dentro de él, una ciudad viva llena de criaturas microscópicas.

De repente, algo extraño le sucedió: las letras comenzaron a danzar sin titubear, moviéndose como si quisieran llamar su atención, tratando de avisarle del peligro en el que se encontraba.

—Necesitas comida —vociferaron los libros al mismo tiempo.

Para Guillermo, estas palabras no significaban nada; llevaba rato sin tener sentido de lo que ocurría a su alrededor. Su respiración se volvió pesada; el oxígeno que le entraba por la nariz ya no alcanzaba para nutrir a todas sus células. Sin previo aviso, su visión se volvió borrosa; su cabeza golpeó suavemente la mesa y un sueño demasiado profundo, casi forzado, lo arrastró consigo mismo.

Mientras tanto, dentro de su cerebro, otro sacudón azotó a la ciudad. Las paredes celulares vibraron, mientras que algunos túneles colapsaban alrededor de Neuronilo, provocando que tormentas de polvo citoplásmico nublaran su vista. Aun así, prosiguió caminando por horas, o al menos así lo percibió, hasta que, a lo lejos, vio una débil luz anaranjada que apenas brillaba. Neuronilo había llegado.

Ciudad Mitocondrial estaba en ruinas. Las enormes fábricas que antes gozaban de energía, luminosidad y, lo más importante, vida, ahora permanecían frías y silenciosas. Las turbinas internas que producían ATP —la molécula, o la parte importante, que da fuerza al cuerpo— estaban apagadas y detenidas.

Entre las ruinas, Neuronilo encontró una figura débil, acurrucada en el piso. Era Condrita, una joven mitocondria con la membrana rota y los ojos apagados, como si la vida se le apagara.

—¿Condrita? ¿Qué ocurrió aquí? —pregunta Neuronilo, temeroso.

—El suministro de glucosa y oxígeno se ha agotado —suspiró cansada.

—No te entiendo. ¿cómo es posible? —su voz tembló y su mirada perdió el poco brillo que le quedaba.

Condrita movió la cabeza, asintiendo con una mueca. Cada movimiento provocaba que las grietas en su frágil cuerpo se extendieran.

—Se acabaron, Neuronilo. Hasta la última gota se usó —sollozo, cansada. —Sin ellos no podemos producir más ATP, la energía de la célula; es nuestro fin. Las demás mitocondrias… ellas no resistieron.



Neuronilo tragó saliva; el silencio se prolongaba por toda la sala.

—¿Qu-qué está ocurriendo allá arriba? —susurró.

Condrita cerró los ojos, tratando de recordar lo que había sucedido.

—Guillermo lleva horas sin comer… sin descansar su cuerpo —murmuró. —Todas las demás células… ya no hay de dónde obtener energía… Neuronilo, todo el sistema está colapsando. Metió la cabeza entre las manos. El oxígeno y la glucosa, que nos dan vida, dejaron de fluir.

Neuronilo apretó los dientes; no podía creer lo que estaba escuchando. “No puede ser, no justo ahora… No puede acabar todo así”, pensó.

Un crujido atravesó lo que quedaba de la ciudad, como si un monstruo se levantara de un largo descanso, un rugido tan profundo que Neuronilo pudo sentir cómo cada una de sus dendritas se erizaba. Las ruinas temblaron mientras fragmentos membranosos caían despedazados, como si de una lluvia se tratara. —Oh, no —dijo Neuronilo—, ¿serán las segundas reservas energéticas? —se preguntó Neuronilo.

Condrita puso los ojos como platos mientras retrocedía.

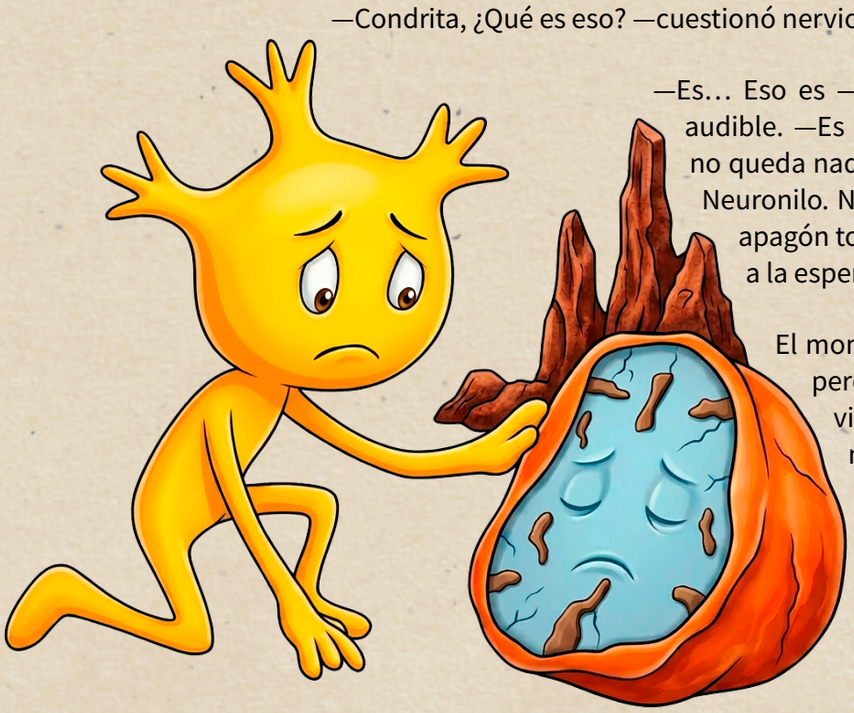
—No… no puede ser —balbuceó.

—¿Qué sucede? ¿Qué pasará ahora? —preguntó Neuronilo entre escalofríos.

Entre las profundidades del complejo mitocondrial comenzó a emerger, entre un resplandor rojizo casi enfermizo, una figura retorcida, hecha de todos los descartes celulares, de los errores que no debían existir. Una bestia creada por filamentos oscuros, chispas eléctricas descontroladas y con ojos que ardían como carbones en una fogata. Las ruinas parecían encogerse ante su presencia…

Esa cosa abrió la boca y un rugido salió disparado, profundo y seco, como si una bomba hubiera estallado en ese instante. Inundando las paredes que aún sostenían el peso con gases.

—Condrita, ¿Qué es eso? —cuestionó nerviosamente.



—Es… Eso es —la voz de Condrita apenas era audible. —Es la criatura que nace cuando ya no queda nada por hacer; este es nuestro fin, Neuronilo. Nuestro mundo está al borde del apagón total. Condrita se sentó en el piso, a la espera de su fin.

El monstruo avanzó con pasos torpes, pero cada uno de sus pasos hacía vibrar los cimientos del complejo mitocondrial. Neuronilo sintió una fuerte presión, un mal presentimiento del fin.

Cuando el cuerpo no recibe nutrientes durante un largo rato, susurró mientras retrocedió con miedo, se genera un desbalance horrible. La glucosa se agota y el oxígeno no es suficiente. Entonces, los desechos se acumulan, se fusionan y se transforman en eso.

—Pe-pero… ¿aún debe haber algo que podamos hacer, ¿verdad? —preguntó sin apartar la vista de la enorme criatura.

—Neuronilo… si él destruye lo que queda del núcleo energético —Condrita apartó la mirada. —si lo hace, este sería el final para todos. Guillermo podría ya no despertar y nosotros desapareceríamos para siempre…

Con el miedo escalando por sus dendritas, Neuronilo no tuvo más opción que tragar saliva. Su cuerpo temblaba, pero ya había llegado tan lejos como para detenerse. Tenía que salvar a su pueblo de la catástrofe, así que respiró profundamente y dio un paso hacia el frente.

—No dejaré que eso suceda jamás —vociferó—, no mientras siga de pie para impedirlo.

Su mente se llenó de un solo pensamiento: “Tengo que salvar a la ciudad; debo salvar a Guillermo.” La chispa que había sentido por la mañana volvió a recorrer su cuerpo para así encender su pecho.

—¿Hay alguna forma de detenerlo?

Condrita dudó durante unos segundos hasta que finalmente asintió con la cabeza, ligeramente.

—Sí… aunque muy pocos lo han logrado con éxito. —su voz se desvanecía con cada palabra. —Necesitarás despertar al impulso vital.

—¿El qué...? —Neuronilo abrió los ojos.

—Aparece cuando una célula se aferra a la vida, incluso cuando ya no hay mucho por hacer. —Miró al monstruo que se acercaba con pasos torpes. —Si logras activarla, puedes restaurar la energía para que podamos sobrevivir un poco más.

—¿Qué debo hacer? —dijo Neuronilo decidido.

—El impulso vital solo se manifiesta en quienes tienen la esperanza y la fe de que todo mejorará. —Neuronilo tragó saliva con dificultad, mientras algo dentro de él comenzó a latir con gran intensidad. En su mente se reprodujo una vieja frase, el lema de la ciudad. “Mientras quede una chispa de energía, la vida seguirá brillando.”



Su pecho se volvió de un azul tan intenso como el del cielo resplandeciente; sentía cómo la electricidad recorría cada membrana de su frágil cuerpo. Con cada pisada que Neuronilo daba al monstruo, la energía que desprendía revitalizaba a los orgánulos que lo rodeaban.

—No me daré por vencido —gritó Neuronilo mientras corría hacia donde se encontraba la bestia.

La bestia soltó un rugido; no tenía intención de rendirse sin luchar. Una nube negra se desató como si de un tornado se tratara. Sin embargo, la energía que desprendía Neuronilo era tan fuerte que el ATP que brotaba de su cuerpo comenzó a esparcirse como si pequeñas turbinas de avión estuvieran pegadas a su cuerpo.

Condrita observaba todo asombrada.

—¡Está funcionando! La cadena de flujo se está recargando; vamos a lograrlo. Saltó Condrita con alegría.

—No… no lograrás detenerme, niño. —gruñó la criatura mientras se tambaleaba.

—Yo no soy quien te está deteniendo —respondió Neuronilo con frialdad—. Tú sobras aquí.

Hizo un último intento desesperado por aferrarse a la vida, agotando así la poca energía que aún le quedaba. Un halo de luz envolvió a toda la ciudad, formando un domo brillante, como si alguien hubiese encendido un pequeño sol dentro de las ruinas. Neuronilo tuvo que apartar la vista; la luz se sentía como un cálido abrazo… un último latido desesperado.

Las mitocondrias se despertaron con un chasquido, girando furiosamente como si quisieran extraer energía de sí mismas. Las membranas vibraron, los complejos enzimáticos chispearon y, por un instante, Ciudad Mitocondrial volvió a vivir.

—Lo lograron. Jadeó una mitocondria. ¡Aún queda un poco de energía residual!

La falla rugió, un rugido tan grave que quebró columnas enteras. Su cuerpo se retorcía bajo la luz, como si lo estuviera quemando desde adentro. Se arqueó, aulló y lanzó una embestida contra el domo que resonó por todo su eje.

¡Kboooom!

El domo tembló y se formó una ligera grieta en el centro.

—No va a resistir —gritó Condrita, temblando mientras intentaba estabilizar el flujo de energía.

La criatura se preparó para un segundo ataque, mucho más grande. Las sombras que la rodeaban se retorcieron como serpientes hambrientas.

—¡Niño, no puedes contra mí! —rugió y, con todas sus fuerzas, se lanzó contra el domo.





Neuronilo sintió cómo el terror le subía por el axón, helándole cada microtúbulo. Pero debajo de todo ese miedo ardía algo más, algo que había sentido antes…. esperanza.

Mientras quede una chispa, susurró, como si el lema fuera un conjuro, la vida seguirá brillando.

Las ondas de energía salieron disparadas por todo su cuerpo e inundaron la ciudad con un flujo eléctrico que olía a vida, esperanza y fe.

La criatura fue repelida varios metros, chocó contra una columna colapsada y emitió un gruñido de dolor.

—Neuronilo, tú lo estás alimentando. —Condrita abrió los ojos maravillada.

Neuronilo cayó de rodillas y, en ese instante, todas las mitocondrias moribundas se unieron a él para soltar un último destello de poder, un impulso vital puro. La bestia se desvaneció en una lluvia de partículas negras, volviéndose el eco de un mal recuerdo.

—Lo… lograste —susurró.

A través del techo membranoso podía sentirse el corazón de Guillermo que volvía a tomar ritmo, empujaba oxígeno, entregaba vida.

—Él… —murmuró con una sonrisa débil —está despertando.

Muy lejos, en una habitación poco iluminada, Guillermo abrió los ojos con sobresalto y tomó aire profundamente.

—Qué sueño tan raro —dijo mientras bostezaba.

Y en el silencio, Neuronilo se permitió sentirse orgulloso de ser la chispa elegida.

Conclusión

Cada célula de nuestro cuerpo está haciendo un esfuerzo enorme por mantenernos vivos.

Las neuronas y las mitocondrias, los héroes no reconocidos detrás de escena, son quienes nos permiten pensar, soñar, movernos y respirar. Cuando comemos bien, bebemos agua, respiramos profundamente y dormimos bien, se produce una molécula: ATP.

Cuidar del cuerpo para cuidar de su mundo. Porque en los espacios más oscuros, incluso allí, de alguna manera, la vida puede renacer desde el mismo corazón de la nada, y luego todo comienza a arder con un fuego interior como si se hubiera encendido en su totalidad.